

Expansión agroindustrial y menonitas

LA TRÁGICA ARTICULACIÓN ENTRE
MODERNIZACIÓN AGRO-PRODUCTIVA Y
CONSERVADURISMO RELIGIOSO

Gabriela Torres-Mazuera CIESAS-Penínsular

Una de las paradojas e institucionales para impulsar más llamativas de los “cultivos flexibles” y de los grupos menonitas en México es la conjunción de prácticas y valores tradicionales y anacrónicos que remiten a la resistencia histórica de este grupo a la modernización y secularización de la vida cotidiana, y una forma de producción agrícola ultramoderna bien encuadrada en el “libre mercado”. Esta articulación tiene afectaciones graves para salud humana y de otros seres vivos en una región biodiversa como la Península de Yucatán, ya que son los menonitas quienes llevan a cabo la “modernización” agrícola que implica deforestación y aumento en el uso de pesticidas y herbicidas.

Para explicar la asociación entre menonitas, agroindustria y deforestación sin estigmatizar a un grupo sociocultural con derecho a reproducir su modo de vida de acuerdo con sus propios valores, es importante considerar que los menonitas tan sólo son ejecutores del régimen agro-alimentario neoliberal. Este régimen fue impulsado en los años 1990 por el gobierno mexicano que implementó reformas legales

en detalle: el asentamiento de los menonitas en Campeche a inicios de los 1990 coincide con la reforma legal del artículo 27 constitucional y la emisión de la Ley Agraria, que permitió la privatización de terrenos nacionales y abrió la puerta al mercado de tierras ejidales. Los cambios legales fueron aprovechados por funcionarios de la entonces Secretaría de la Reforma Agraria, quienes hicieron buen negocio “vendiendo” terrenos nacionales a los recién llegados. La llegada de los menonitas también coincidió con el fin de los subsidios para el sector ejidal en la década de 1990. Ejidatarios y ejidos, sin capital ni crédito para la inversión en el sector agropecuario, vendieron o arrendaron por poco dinero sus parcelas legales y económicas (tierras de uso común), y en muchos casos se convirtieron en rentista y/o jornaleros de los menonitas quienes desforestaron para ampliar las áreas de cultivo intensivo y sembrar maíz híbrido, sorgo y soya, generalmente como paquetes tecnológicos producidos por empresas transnacionales (Monsanto-Bayer).

Continúa en siguiente hoja

Para comprender la relación entre expansión agroindustrial y comunidades menonitas, es importante considerar una paradoja más de este grupo étnico: su estructura patriarcal. Los menonitas de la Península mantienen una organización familiar apegada a los preceptos del cristianismo anabaptista del siglo XVI. En estas colonias ultra-conservadoras, la revolución feminista nunca ocurrió; las mujeres son esposas e hijas, sin el mismo acceso a la educación que los hombres, siendo estos últimos quienes ocupan los cargos de autoridad. Más importante aún, sin control de la natalidad, las familias menonitas son numerosas y superan la media nacional en fecundidad. La familia menonita tradicional, estrechamente vinculada a la producción agrícola, requiere de tierras agrícolas para dar subsistencia a los hijos varones, quienes al crecer y formar sus propias familias requieren de más tierra. Es por esta razón que la comunidad menonita crea redes nacionales y trasnacionales para fondear su expansión territorial. Ésta se extiende en los tres estados de la Península de Yucatán, así como Belice, Colombia, Bolivia, Perú y el Paraguay, conectando familias y colonias.



Fecha 21.09.2024	Sección Del Campo	Página 9
----------------------------	-----------------------------	--------------------

Lo expuesto hasta aquí no explica por completo la perniciosa articulación entre menonitas ultraconservadores y el factor económico. Los datos son contundentes: un estudio realizado por E. Ellis *et al.* en 2022, reveló que el precio y rendimiento de la soya en la Península de Yucatán es mucho mayor que los del maíz (<https://ccmss.org.mx/acervo/analisis-de-los-impulsores-del-cambio-de-uso-del-suelo-en-la-peninsula-de-yucatan/>). Entre el 2000 y 2020 el precio de la soya se cuadruplicó, pasando de \$3,000 a \$12,000 pesos la tonelada, y en Quinta-

na Roo hasta \$20,000 (p. 88). Esto contrasta con el precio del maíz, que 2020 fue de \$ 6,000 pesos la tonelada. El principal destino de la soya, generalmente Monsanto, es la industria porcícola y avícola, también en expansión regional. Aquí cabe preguntarse ¿por qué tie- ne mayor valor económico la soya de consumo animal que el maíz criollo que es alimento de calidad para personas? Más aún ¿por qué el valor de la tie- rra es mucho menor cuando está bajo régimen comunal y es selva, que cuando ésta ha sido arrasada para convertirse en campo de cultivo?

La reciente expansión meno-

nita en regiones como Bacalar o Tekax es prueba de que el “libre mercado” en el México de la 4T sigue premiando a aquellos que deforestan, contaminan, y privatizan para alimentar a la agroindustria. Los menonitas, como “hijos predilectos del modelo neoliberal”, han acaparado los apoyos para la producción agropecuaria, siendo los principales beneficiarios de créditos para la compra de maquinaria, beneficiarios de programas como Producción para el Bienestar, Programa Pro-oleagino- sas y Agricultura por Contrato. Gracias a su capital económico, este grupo cuenta con acceso al agua, mediante la construcción de pozos con o sin autorización de la CONAGUA; también se da el lujo de pagar multas por la deforestación de extensas áreas de selva, o de promover “cambios de uso de suelo” en la medida que, con una justificación productivista y dinero, siempre es posible conseguir permisos y autorizaciones para “moder- nizar” el campo. La pregunta que surge si queremos detener la deforestación en la Península es: ¿basta con sancionar a los menonitas o es necesario impulsar un cambio estructural del modelo agroalimentario para premiar a quienes cuidan la tierra y la biodiversidad y no a quienes la devastan? •



Impacto de los campos de soya en la Península de Yucatán.



Devastación de la selva maya para el cultivo de soya y otros granos.